

La nueva era de la tiranía

Mark Lilla

The New York Review of Books, octubre de 2002.

En su mensaje sobre el estado de la nación de 2002, el presidente Bush calificó a Irak, Irán y Corea del Norte como un "eje del mal" y comunicó su decisión de enfrentar cualquier amenaza que pudieran representar para Estados Unidos. Esta frase -con la obvia intención de hacer eco de la definición de Ronald Reagan de la Unión Soviética como un "imperio del mal" hace veinte años-, fue recibida con frialdad dentro y fuera del país, y desde entonces el presidente no la ha reiterado. Sin embargo, mal haríamos en olvidarla. Mientras que los excesos retóricos después de los ataques terroristas del otoño pasado pueden ser comprensibles, la vacuidad de la formulación del presidente revela una desorientación estratégica digna de análisis.

Esta desorientación afecta a todos los gobiernos de Occidente actuales y no sólo a Estados Unidos, aunque el nuestro es sin duda el de mayor trascendencia. Tiene su origen en el hecho de que el lenguaje político para describir el ambiente internacional sigue arraigado en las experiencias distintivas del siglo xx. La aparición del eje fascista, su derrota debida en parte a la movilización y determinación democráticas, la extensión del imperio soviético después de la posguerra, los gulags y los campos de concentración, los genocidios, el es-" pionaje, la carrera armamentista, éstos son los fenómenos políticos por los que se recuerda actualmente el siglo. Ya empezamos a darnos cuenta de que ésta no es toda la historia, que otros sucesos -como la descolonización, la integración de los mercados mundiales, el impacto tecnológico de la digitalización- también fueron revolucionarios. Sin embargo, desde el punto de vista conceptual y retórico, la confrontación del siglo xx con el totalitarismo sigue marcando nuestro rumbo intelectual.

El término "totalitarismo" entró en la lengua inglesa en los años veinte después de que Benito Mussolini lo popularizó en italiano, refiriéndose en sus discursos a lo stato totalitario y la nostra feroce volontà totalitaria. Luego la palabra se difundió ampliamente tras la victoria aliada en la segunda guerra mundial y el inicio de la guerra fría y se usó como sustantivo general para describir tanto el fascismo como el comunismo y distinguirlos de formas

anteriores de tiranía. Hannah Arendt fue el pensador sin duda más prominente en sostener que el fascismo y el comunismo habían dado origen a un tipo auténticamente nuevo de régimen político, para el que se necesitaban nuevos conceptos y estándares. Los historiadores y los politólogos por igual han debatido el concepto desde entonces, así como términos relacionados como autoritarismo, dictadura, absolutismo, autocracia, pretorianismo, sultanismo, patrimonialismo y otros aún más arcaicos. Pero en la gente el concepto del totalitarismo sigue estando firmemente arraigado.

Por adecuado que nos parezca ese concepto para calificar el fascismo y el comunismo, lo cierto es que el fenómeno al que alguna vez se refirió casi ha desaparecido. Todavía existe una versión fantasmagórica y escuálida en Corea del Norte y podríamos alegar sobre el grado en el que el término se sigue aplicando a China o Cuba, por decir algo, pero en otros lugares las principales instituciones del régimen totalitario -liderazgo carismático, ideología movilizadora, vigilancia implacable- se vinieron abajo, dejando tras ellas un mapa salpicado de regímenes tiránicos que dañan a sus pueblos y amenazan a sus vecinos de diferentes formas. ¿Pero cómo debemos llamar a esas naciones? Nuevo términos como "Estados maléficos", "Estados fracasados" y "democracias intolerantes" apuntan al problema de la nomenclatura, pero no van más allá a la hora de resolverlo. Tampoco nos ayudan a distinguir entre tales Estados desde el punto de vista moral y estratégico. Nuestra situación es extremadamente paradójica: cuanto más conciencia cobra Occidente de los males del totalitarismo del siglo xx, más capacidad pierde para entender el fenómeno de la tiranía en el siglo xxi.

En sus orígenes, el término griego tyrannos, tal vez originario de Lidia, era neutro e intercambiable con monarcos, y significaba simplemente alguien que gobierna solo. Sin embargo, para el siglo v empezó a surgir una distinción entre un rey que gobierna con el consentimiento de los gobernados mediante leyes e instituciones establecidas (basileus) y un tirano que no lo hace. Ambas modalidades políticas, reinado y tiranía, se distinguían del despotismo (despoteia), que los griegos usaban para referirse a los regímenes no griegos que consideraban apolíticos y bajo un tipo de gobierno familiar.

En los escritos de Platón y Jenofonte, descubrimos a un Sócrates que es el primero en reflexionar de modo sostenido sobre la naturaleza de la tiranía política, que asocia con un desorden espiritual en el que la jerarquía natural del alma y de la organización política resultan perturbadas de manera similar.

La tiranía, desde esta perspectiva, es la forma más corrupta de gobierno porque sólo sirve a los deseos básicos del gobernante y hace caso omiso del consejo de los sabios. Aristóteles refinó en gran medida este análisis al señalar que un estilo tiránico de gobierno no se limita a los reyes o príncipes malvados, que formas extremas de oligarquía e incluso de democracia se pueden considerar tiránicas si se conducen al margen de la ley, son arbitrarias y contrarias al interés público. La tiranía entendida así es una clase general de regímenes extremadamente malos que niegan los bienes básicos que puede ofrecer la vida política.

En el Medioevo europeo, esta comprensión más general de la gran cantidad de clases de tiranía se perdió de vista por la sencilla razón de que la monarquía se volvió la única forma de gobierno que los europeos conocían de primera mano, de modo que el término "tirano" se refería, una vez más, a un rey injusto (*rex iniustus*). Los pensadores escolásticos escribieron voluminosos textos filosóficos y teológicos sobre este problema, concernientes a las virtudes del príncipe cristiano ideal y cuándo y en qué circunstancias se podría justificar el tiranicidio. Los conceptos y términos usados en esos textos estaban arraigados en la tradición cristiana y después se usaron contra la iglesia o, cuando menos, contra los papas durante la Reforma. A medida que empezó a desarrollarse el pensamiento político moderno, este lenguaje escolástico cristiano se volvió menos convincente y se incorporaron conceptos y términos nuevos al discurso político, tales como derechos y soberanía. Sin embargo, el problema clásico de la tiranía siguió siendo fundamental para los primeros pensadores modernos, incluso para figuras como Maquiavelo y Hobbes, quienes jugaron con fuego tiránico. En la época de la Ilustración, la referencia explícita a la tradición política cristiana casi había desaparecido y la campaña contra la forma de tiranía de aquel entonces, la monarquía absoluta aliada con el dogma de la iglesia, debía llevarse a cabo de manera distinta. En Francia, por ejemplo, se atacaba el despotisme, término que tradicionalmente se refería sólo a regímenes no europeos, pero que en ese momento resultaba práctico para criticar a los reyes franceses absolutistas aparentando condenar a los turcos.

Pese a los cambios en el lenguaje conceptual, no es exagerado hablar de una tradición continua de teoría política, desde los griegos hasta la Ilustración, que tomó el fenómeno de la tiranía como punto de partida teórico y el establecimiento de barreras contra el gobierno tiránico como objetivo práctico. Esa tradición se interrumpió de hecho con la Revolución francesa. No tenía por qué ser así, pero lo fue. Como el principal interés del pensamiento político

occidental durante casi un milenio había sido el reinado tiránico, se había prestado poca atención a las propensiones tiránicas de otros sistemas políticos, incluida la democracia republicana, que muchos consideraron un antídoto simple para los males de la monarquía absolutista.¹ La Revolución era vista por sus partidarios y críticos como un suceso que marcaba un hito, después del cual los reclamos paternalistas de la monarquía no tendrían cabida y se establecería un orden de cosas totalmente nuevo, para bien o para mal.

Tenían razón, por lo menos acerca de Europa. ¿Pero eso quería decir que también la tiranía pertenecía al pasado? El Terror y Napoleón inspiraron a pensadores alertas como Benjamin Constant y Tocqueville la perturbadora premonición de que nuevas formas de tiranía política, poco relacionadas con el despotismo monárquico, surgirían en la era democrática. Al final, sin embargo, fueron pensadores como Hegel, en Alemania, y Auguste Comte, en Francia, quienes marcaron la pauta en Europa al ofrecer un mirador histórico más elevado desde el cual contemplar la era democrática, en donde el problema de la tiranía parecía desaparecer. Hegel y Comte se expresaron en distintos lenguajes conceptuales, pero su visión era idéntica: el Terror y Napoleón eran meras desviaciones en el camino de la monarquía absolutista hacia los Estados industriales, burocráticos y racionales en los que todas las naciones europeas estaban destinadas a convertirse. Este destino no dejaba espacio para la tiranía política, según se entiende tradicionalmente.

Un hecho interesante es que el concepto de tiranía no desapareció en el siglo xix, sino que simplemente emigró del terreno político al de la cultura: el optimismo político y el pesimismo cultural iban de la mano. Tocqueville marcó la pauta cuando habló del "despotismo blando" de la opinión pública y la "tiranía de las mayorías" que las formas de democracia masivas y modernas hicieron posibles. Para John Stuart Mill el verdadero reto para la libertad humana ya no venía de los reyes malvados o las instituciones corruptas, sino de "la tiranía de la opinión y el sentimiento prevalecientes", mientras que para Marx el capitalismo industrial mantenía su tiranía sobre las clases trabajadoras gracias al funcionamiento sutil de la ideología burguesa, que era más eficaz que la fuerza política para mantener el sistema moderno de producción. Conforme los grandes creadores de sistemas intelectuales del siglo xix se fueron internando en las sombras de la experiencia humana, encontraron la tiranía en todas partes -es decir, en todas partes excepto en la superficie de la vida política.

Freud y Max Weber fueron los últimos representantes de esta tradición. Freud

quería ayudar a los individuos modernos a deshacerse de la tiranía del pasado que los esclavizaba inconscientemente. Weber quería conciliarlos con la vida en la "jaula de hierro" de un mundo racionalizado y burocrático que había sido completamente "desencantado". Ambos morirían sin saber cómo explicar el renacimiento de la tiranía política en el siglo xx. Es revelador que en los dos pesados volúmenes del tratado de Weber sobre sociología moderna publicado de manera póstuma, Economía y sociedad, sólo encontremos dos páginas dedicadas al problema del tirano, en las que se aborda como una forma exclusivamente antigua de "gobierno ilegítimo".

Si nos remontamos a la Europa del siglo xix, es difícil no tener la impresión de que los avances en tantos ámbitos del quehacer intelectual iban de la mano de la atrofia de uno de los más importantes: la ciencia política. Una obra como El espíritu de las leyes de Montesquieu -cuyo análisis de la naturaleza de diferentes regímenes políticos en relación con las costumbres y los hábitos nacionales dio forma al pensamiento político de todo el siglo xviii- era impensable en el xix. Montesquieu no ignoraba la dimensión psicológica de la tiranía, como lo sabemos por sus Cartas persas, pero estaba convencido de que el daño psicológico provenía de una fuente política, no sólo de una cultural. No existía tal convicción en el siglo xix. Bajo la influencia de Hegel y Comte, Europa dio origen a nuevas filosofías de la historia, el derecho, la religión, así como a las nuevas "ciencias sociales": la sociología, la psicología y la economía. Pero no habría una nueva ciencia política dedicada exclusivamente al problema de la forma política y su abuso, porque el problema que inspiró esa ciencia originalmente parecía destinado a desaparecer.

Éstos son los antecedentes intelectuales del debate posterior a la segunda guerra mundial sobre el totalitarismo. El grado en el que los regímenes comunistas y fascistas del siglo xx eran novedosos, qué características compartían y cómo debían distinguirse analíticamente y moralmente son preguntas históricas que seguimos planteándonos, como debería ser. Sin embargo, necesitamos recordar que gran parte del impacto que sintió Europa cuando surgieron estos regímenes se derivaba del hecho de que durante siglo y medio se interrumpió la reflexión seria sobre la tiranía política. El continente rezumaba un pesimismo cultural en los decenios anteriores y posteriores a la primera guerra mundial, pero por algún motivo nunca se le ocurrió a nadie que la catástrofe que se avecinaba adoptaría una forma distintivamente política. Cuando lo hizo, destruyendo tanto y a tantos con ayuda de la tecnología y las ideas modernas, era muy subyugante ver el comunismo y el fascismo como fenómenos totalmente nuevos y no apelar a la larga tradición europea de

reflexión sobre la tiranía y protección contra ella.

Si el comunismo hubiera sido derrotado junto con el fascismo en la segunda guerra mundial, es probable que el término "totalitarismo" se hubiera olvidado o conservado como un concepto estrictamente histórico. Sin embargo, en vista de la guerra fría de desgaste contra el comunismo y el hecho de que el imperio soviético realmente fuera una tiranía extrema, el término parecía apropiado y útil, por lo menos desde el punto de vista retórico. No obstante, pronto se sintieron sus limitaciones cuando se aplicaba a sucesos fuera del bloque comunista. Cuando grandes territorios de África y Asia se fueron descolonizando rápidamente después de la guerra, naciones de todo el mundo se encontraron como parte de una lucha por el poder librada en términos - democracia y totalitarismo- ajenos a su experiencia. Los arquitectos de la política exterior occidental en la guerra fría se vieron atrapados por la retórica del totalitarismo, pero sus críticos no eran menos prisioneros de éste. Se volvió fácil para los críticos argumentar que, dado que la mayoría de los regímenes tercermundistas y los movimientos revolucionarios a los que se oponía Occidente no eran totalitarios en sentido estricto, la guerra fría no era más que una pantalla cínica para expandir el dominio económico y militar occidental. Lo que estos críticos no vieron, o no se permitían ver, fue que estos regímenes y movimientos eran, no obstante, tiránicos, muchas veces de manera clásica y no prometían nada más que pobreza para sus pueblos.² Ésta es la paradoja del discurso político occidental desde la segunda guerra mundial: cuanto más sensibles nos volvimos a los horrores generados por las tiranías totalitarias, menos sensibles nos volvimos a la tiranía en sus formas más moderadas. Pensemos, por ejemplo, en el tortuoso debate dentro de Europa sobre cómo responder a la reciente guerra en los Balcanes. Los europeos siguen atrapados en la retórica del antifascismo, entendido fundamentalmente como resistencia a todas las formas de militarismo y racismo. El problema en los Balcanes fue que estos dos elementos del antifascismo apuntaban en direcciones opuestas: el antifascismo se podía usar para justificar la intervención, aduciendo que los serbios estaban cometiendo un genocidio, pero también podía justificar la neutralidad, aduciendo que los ejércitos europeos jamás debían volver a movilizarse salvo en el caso de un ataque directo (sólo entonces). Muy pocos europeos lograron exponer el argumento más moderado de que si bien Milosevic no era Hitler, se trataba de un tirano peligroso que debía ser combatido con medios proporcionales a la amenaza que representaba. Los responsables de las políticas estadounidenses pasan hoy por un aprieto similar al tratar de formular sus argumentos contra el Irak de Saddam Hussein.

Tarde o temprano se deberá abandonar el lenguaje del antitotalitarismo y reconsiderar el problema clásico de la tiranía. Lo anterior no significa que los conceptos antiguos de tiranía se pueden importar de modo sistemático al presente, aunque es sorprendente la cantidad de malos regímenes actuales que exhiben patologías con las que estaban totalmente familiarizados pensadores políticos desde la antigüedad hasta principios de la Europa moderna: asesinato político, tortura, demagogia, estados de emergencia artificiosos, soborno, nepotismo y similares. Al leer la reciente novela realista de Mario Vargas Llosa sobre los años de Trujillo en República Dominicana, *La fiesta del Chivo*, parece que fue copiada de Suetonio; el demagogo democrático Hugo Chávez de Venezuela, recientemente derrocado por un golpe oligárquico y luego reinstalado en su puesto por un contragolpe militar popular, bien podría ser el tema de un nuevo capítulo de *Vidas paralelas* de Plutarco.

De cualquier modo, muchas cosas han cambiado y no sólo porque vivimos con nuevas formas de tecnología o poder económico o ideología. La diferencia más significativa entre nuestra situación y la de estudiosos más antiguos de la tiranía es que nosotros tenemos la necesidad de conceptos políticos que se apliquen universalmente en todo el planeta. El análisis griego de la tiranía se limitaba a zonas donde se hablaba el griego y se pensaba que los "bárbaros" vivían en una zona de despotismo no diferenciada. Los pensadores políticos medievales y los primeros modernos de Occidente se centraron en la perversión de la monarquía europea y, de vez en cuando, de las repúblicas, pero no se sentía una gran necesidad de establecer categorías políticas que se aplicaran también a los "salvajes" e "infieles". En buena medida, fue una cuestión de racismo, pero también de mera ignorancia y de que, si bien su existencia planteaba enigmas antropológicos, los otros pueblos no representaron un reto político para Europa, sino hasta la era del colonialismo moderno. El colonialismo llevó los problemas de la política occidental a los rincones más lejanos del mundo y luego por una acción de reflujo devolvió esos problemas a Occidente en forma de guerras coloniales, inmigración e integración económica y militar. Los griegos y los europeos medievales podían darse el lujo de ser indiferentes al problema de la tiranía fuera de su propia región; los gobiernos occidentales modernos, en especial Estados Unidos, no pueden dárselo.

¿Por dónde empezar? La ciencia política académica dejó de considerar la categorización y el estudio de diferentes tipos de regímenes una de sus principales tareas, como alguna vez lo hizo. Amilanados por la variedad de

tipos de regímenes y sus rápidas transformaciones y quizá también preocupados por no parecer propensos a emitir juicios racistas, hoy los politólogos se han replegado a los "modelos" formales o estudios estadísticos de los "procesos" fantasma de democratización y modernización económica. La tiranía como tal simplemente no es un tema o un objeto de análisis reconocido. Lo es para el movimiento de derechos humanos y si consultamos las publicaciones de Amnistía Internacional o Freedom House, por ejemplo, encontraremos documentación valiosa acerca del historial en derechos humanos de todas las tiranías de la tierra. Pero estas organizaciones no están interesadas en investigar la naturaleza de la tiranía moderna, sino en combatir abusos específicos en relación con los derechos humanos como la tortura, el arresto arbitrario, la supresión de la disidencia y la censura, entre otros. A pesar de la nobleza de su trabajo, no nos llevan muy lejos cuando se trata de entender cómo operan los diferentes tipos de tiranía moderna o de encontrar alternativas factibles en determinados casos.

De modo que hoy nos encontramos en un callejón sin salida. Hasta donde todo aquel que esté vivo alcanza a recordar, el problema político fundamental de nuestros tiempos quedó reflejado, bien o no, en la consigna "totalitarismo o democracia", una distinción que se consideró útil para el análisis político serio y para la retórica pública. Esa época quedó atrás definitivamente. Conforme se desvanece la amenaza del totalitarismo, a su paso encontramos pocas democracias que funcionen, sólo una variedad de regímenes y tiranías combinados que plantean nuevos retos para nuestro entendimiento y nuestras políticas. De Zimbabwe a Libia, de Argelia a Irak, de las repúblicas de Asia central a Burma, de Pakistán a Venezuela, descubrimos naciones que no son ni totalitarias ni democráticas, naciones donde las posibilidades de construir democracias duraderas en el futuro cercano son limitadas o nulas. El Occidente democrático no enfrenta hoy un "eje del mal", enfrenta la geografía de una nueva era de la tiranía. Esto significa que vivimos en un mundo en el que nos veremos forzados a distinguir, estratégica y retóricamente, entre diferentes clases de tiranía y entre diferentes tipos de regímenes políticos con un grado mínimo de decencia que tal vez no sean modernos o democráticos, pero representarían una mejoría definitiva respecto de la tiranía. Hasta el momento, no tenemos geógrafos de este nuevo terreno. Llevará más de una generación, aparentemente, para que dos siglos de olvido sobre la tiranía puedan, a su vez, olvidarse

Traducción: Virginia Aguirre.

1 Las excepciones fueron aquellos, como los fundadores de Estados Unidos,

cuyas reflexiones sobre la experiencia de las primeras repúblicas italianas modernas los hicieron percatarse de que incluso los gobiernos republicanos podían entrar en decadencia y convertirse en tiranías.

2 Fracasaron incluso las tentativas de buena fe para salir de este encasillamiento. Por ejemplo, cuando Jeane Kirkpatrick trató de establecer una distinción entre tiranías en Dictadura y contradicción (1982), se desató una lucha encarnizada y polémica sobre sus opiniones acerca de América Latina y se soslayó su argumento más general, que tiene muchas aristas.